

fensores del derecho de la mujer, insiste Finot, con particularidad, en que la igualdad de los derechos no supone la igualdad absoluta de los dos sexos. Ambos tienen asignada por su propia naturaleza su función peculiar y privativa y no pueden reemplazarse mutuamente. En el matrimonio tampoco sufrirá alteración nada. La mujer debe ser el pilar de la familia, la guardadora del fuego sagrado del hogar, la educadora de los hijos y la directora de la casa, con arreglo a los modernos métodos científicos, no como una esclava de la cocina, sino como una

mujer de su casa, culta y libre, que en el círculo de su actividad aplique prácticamente la economía social y los conocimientos de la química relativos a la alimentación.

Si, como es lógico suponer, el agradecimiento es una de las más excelsas virtudes femeninas, Mad. Finot debe sentirlo en alto grado, ya que todos los hombres más ilustres que han escrito hasta ahora sobre la mujer, ninguno puso tanto cariño y afecto ni nadie posee la inspirada adivinación del citado autor del **Prejuicio de los sexos**.

Max Nordau.

## El voto político

Capítulo de "El prejuicio de los sexos"

El gobierno de los hombres y de las cosas ha sufrido en el transcurso de los siglos profundas modificaciones. El poder ha cambiado de nombre y de ciencia. Las fuerzas legislativas y gubernamentales, centralizadas antes en las manos de un hombre, se encuentran hoy divididas entre todos los electores del país. Es a ellos a quienes toca decidir de su administración, de su vida política y de su modo de evolucionar. El afán de libertarse ha invadido todas las inteligencias y ha penetrado rápidamente en todas las clases sociales. Aquellos mismos que, imbuídos por las ideas del pasado, sueñan con la vuelta del señor o anatematizan los derechos conquistados, no lo hacen sino de un modo moderno. Sin duda el espíritu nuevo les ganó como a todos.

De todos estos movimientos contradictorios se deduce una concepción más enaltecedora de la dignidad humana, que es la base esencial de la conciencia moderna, su elemento indispensable e intrínseco.

La mujer penetra en la vida y aprecia los nuevos dolores sociales. Estamos en una época en que la de-

mocracia se va aproximando a un ideal de vida nueva, de organización social y política más perfeccionada. La mujer demanda su parte en los dolores y en las alegrías de estas evoluciones, tiende a alcanzar el mismo título que su compañero, porque de ello depende su porvenir y su reconocimiento de ser humano. De esta democracia que nace y se engrandece sobre las ruinas del antiguo régimen dependen por igual los destinos del hombre y de la mujer; de sus aciertos, la grandeza de la patria; de su claridad, la desaparición de los males y de los efectos disolventes; de su nobleza, la dignidad y el perfeccionamiento moral de todos; y en fin, de su contenido ideal bien comprendido, la ventura de los dos sexos, ligados por la misma cadena a la organización presente y futura de su país...

Cuanto más pronto se libre un país del gobierno de los políticos profesionales, más pronto la participación de la mujer en el voto político llegará a ser para ella urgente e inevitable. En el tren de las democracias modernas el voto no faltará en su curso de ser el árbitro